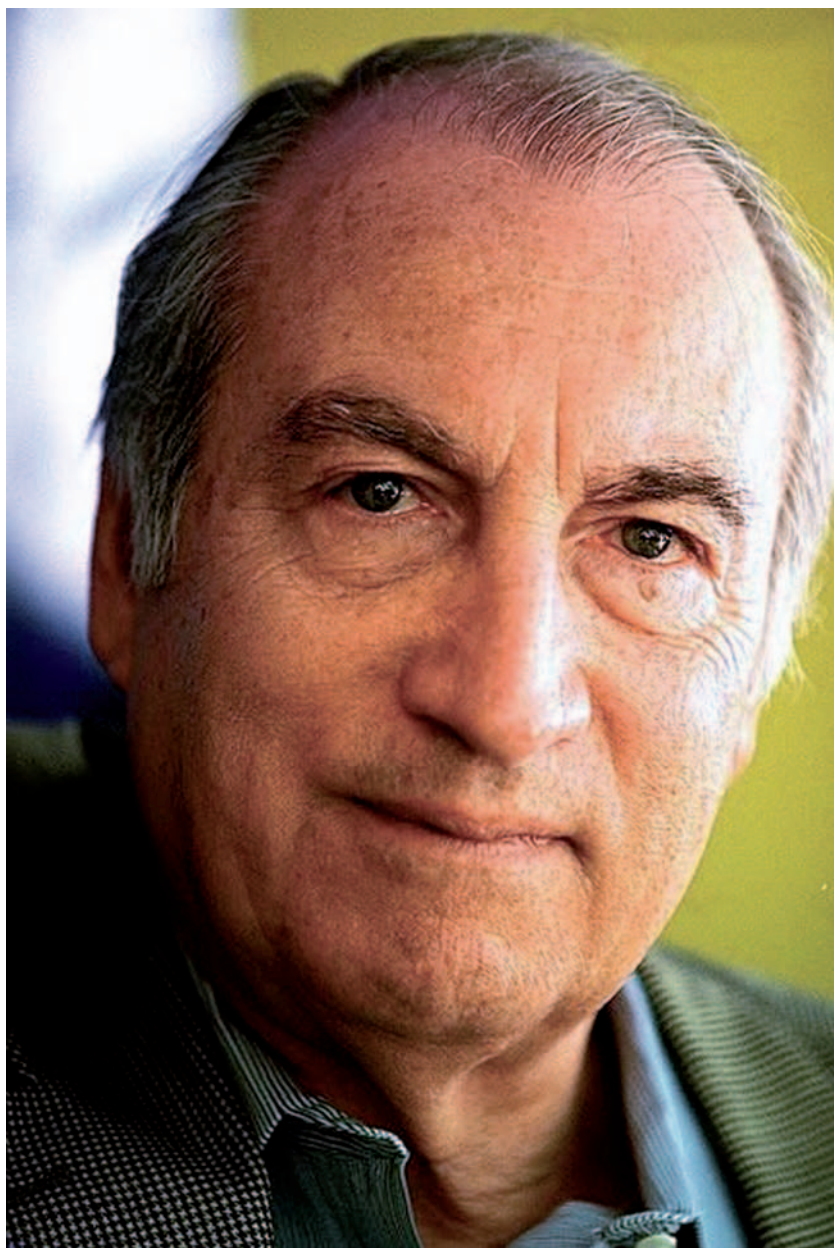


El cuerpo de Tomás Eloy Martínez

(1934-2010)



Para Tavo Colorado y Gustavo Arango

La muerte de Tomás Eloy Martínez recupera los rostros de otras muertes: la de Eva Duarte, la de su esposo Juan Domingo Perón y la de un antiperonista, Jorge Luis Borges. Tres cuerpos y una sola ficción verdadera: la del novelista Tomás Eloy Martínez. Tres espejos, un umbral y una sentencia cercana al horror de la moneda inolvidable: “En los velorios, el progreso de la corrupción hace que el muerto recupere sus caras anteriores”.¹ Eva se hace líquida, sensual y multiplica sus arterias en *Santa Evita*. El general Perón ensaya en su casa de exilio madrileño una voz que trastoca la estría de la realidad y precisa un argumento, con su secretario arltiano López Rega, para protagonizar en la Historia *La novela de Perón*. Nostálgico, herido por un largo exilio, Tomás Eloy regresa a Buenos Aires y se pierde en una ciudad donde confluyen todos los puntos del universo; sigue las huellas del irrepentible Julio Martel, *El cantor de tango*, y una tarde de sol se extravía en las calles onduladas de Parque Chas y se detiene en los senderos de una pequeña alameda, para leer, sobre el cemento, la lista de algunos *desaparecidos*. Hablo de un escritor que ha muerto y esta verdad la predijo Borges en tono de milonga: “Tomás Eloy va a morir. / Eso es moneda corriente; / Morir es una costumbre / Que sabe tener la gente”.

Eva, Evita, la hija ilegítima de una cocinera, murió el 26 de julio de 1952. Un cáncer de útero le

Rigoberto Gil Montoya

impidió atender a los *grasitas* que hacían filas surrealistas en la Casa Rosada para que la señora les regalara una sonrisa y una postal de su rostro maquillado, con una frase que la hizo inmortal: “Seré millones”. Había buscado el beneplácito del Papa de Roma y cultivado el odio de la aristocracia que afirmaba el buen gusto en las páginas de la revista *Sur*. La señora murió a las 20:25 horas. Juan Domingo, el teniente general Perón, murió el primero de julio de 1974. Una cardiopatía isquémica crónica se complicó con una insuficiencia renal crónica. Ambas afecciones se controlaron, aunque lo atacó, de súbito, una broncopatía infecciosa. Murió a las 13:15 horas. Borges, el traductor de Melville, murió el 14 de junio de 1986. Falleció en Ginebra, Suiza, como corresponde a un argentino que hablaba perfectamente

el francés, como Bioy y Paul Groussac. Un cáncer hepático le hizo palpar, por fin, el hilo de Ariadna en el laberinto de arena. Eran las 8:30 horas y alguien juró haberlo visto, muy temprano, en el íntimo departamento de la calle Maipú. Muertos los tres, Tomás Eloy hereda el cáncer de sus personajes y decide morir un domingo, al caer la tarde, no sin antes pedir que convirtieran en polvo sus restos: “Y sin embargo me duele / Decirle adiós a la vida, / Esa cosa tan de siempre, / Tan dulce y tan conocida”.²

Entre 1952 y 1986, Tomás Eloy Martínez fue un testigo nervioso de la historia argentina. Trabajó en *Primera plana* y allí entrevistó a Victoria Ocampo en 1966. Le preguntó por qué en las páginas de su revista no aparecieron textos de Arlt y ella respondió, única, sincera: “No se acercó a nosotros”.³ Supo que el general Perón se ensañó contra un bibliotecario ciego y, para rebajarlo a la popular condición de *descamisado*, lo nombró en el cargo de “inspector de aves”, como si este hombre, nacido en Lobos, buscara pergeñar una página anexa a la *Historia universal de la infamia*. Tomás Eloy supo que el poeta ciego trazaría la venganza y por eso leyó, complacido, “El simulacro”:

¿Qué suerte de hombre (me pregunto) ideó y ejecutó esa fúnebre farsa? ¿Un fanático, un triste, un alucinado o un impostor y un cínico? ¿Creía ser Perón al representar su doliente papel de viudo macabro?⁴

Borges lo inició en el culto a la ficción, o a esa realidad que la ficción perturba, y Tomás Eloy escogió a Perón para comprender el sino de su patria, su *necrofilia*, más allá del cielo infantil de Tucumán, más allá de los asesinados en

Trelew. Supo que el peronismo es una fe ciega que surge del caos y que sólo puede combatirse desde la razón: ese músculo que permite afinar otras realidades menos infames. Supo, también, que sin Eva el peronismo no trascendería los discursos programáticos y por eso se lanzó a buscar su cuerpo, a identificar sus copias y a ella se entregó, como Pedro Ara, el anatomista embalsamador, como el coronel Moorri Koenig, cuya lúcida mente conspiratoria sucumbió a la belleza líquida de la señora: “¿Yo busco a Evita o Evita me busca a mí? ¡Hay tanto silencio aquí, en esta ahogada respiración del canto!”, escribe el narrador Tomás Eloy por las “rutas desiertas de New Jersey”.⁵

Lo que Borges no le enseñó, Tomás Eloy lo aprendió con dolor. Del *simulacro* borgesiano saltó a la horrenda certeza de Rodolfo Walsh. ¿Cómo enfrentar para la historia ese diálogo críptico y en clave que el investigador entabla con el coronel en “Esa mujer”? Un diálogo infructuoso, además, porque ese fantasma de hombre, ebrio, delirante, no quiso precisar el lugar donde enterraron, parada, a la mujer: “Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano”, habla, casi susurrante, el coronel.⁶ ¿Cómo enfrentar para la historia ese diálogo? Tomás Eloy lo resuelve visitando a la viuda del coronel y ella le confirma la veracidad del relato de Walsh. La viuda se extiende en detalles y la hija alarga su amargura: “—¡Si usted supiera cuánto he fracasado en la vida!”, y cuenta, bañada en lágrimas, que su padre solía decir que era un fracasado. “No fuimos nosotras las que lo hicimos sentirse así. Fue Evita”, agrega.⁷

Difuso, el encuentro con los personajes de papel tiene el terrible aire de verdad. Ahora es Tomás Eloy quien pregunta por el jardín y la viuda le habla de su pasado en Bonn, cuando el coronel se obsesionó con el cuerpo embalsamado de Eva. “¿Dónde?”, le pregunta Tomás Eloy a la viuda, con el mismo empecinamiento de Walsh: “Quién sabe, contestó. En un bosque, donde llueve mucho”. La hija le extiende al visitante una fotografía del coronel y, a partir de allí, la viuda narra el declive de su esposo, por culpa, dice, de Evita: quien estuvo cerca de ese cuerpo terminó mal. Tomás Eloy se oye decir: “—No creo en esas cosas”. La viuda deja de ser cordial y antes de despedirse lo conmina: “—¿No cree? [...] Que Dios lo ampare, entonces. Si va a contar esa historia, debería tener cuidado. Apenas empiece a contarla, usted tampoco tendrá salvación”.⁸ En la noche del 27 de diciembre de 2000, Susana Rotker pretendió cruzar la calle de doble circulación, frente a su casa de New Jersey, tomada de la mano de su esposo. Para Tomás Eloy todo fue intempestivo, irreal, como en el destino de Eva:

[...] sentí que algo la arrancaba de mi mano y me golpeaba a mí en los brazos y las piernas. Desperté sobre la línea amarilla que divide la calzada, desconcertado, entre automóviles que pasaban raudos o se detenían bruscamente. Imaginé que ella estaba al otro lado, a salvo. Luego, oí chirriar unas ruedas, corrí como pude, y descubrí su cuerpo hecho pedazos.⁹

Hago constar: es la vida de un escritor y en esa vida, ¿dónde se traza la línea entre ficción y realidad?

Nueve años después de aquella pérdida irreparable y al despertar

de un desmayo que duró más de tres días, Tomás Eloy tuvo al fin la certeza de que iba a morir y se vio lanzado al sur por el breve oleaje del Río de La Plata. Se le habían disipado ya las atroces punzadas en el pulmón derecho y el cuerpo estaba de nuevo limpio, a solas consigo mismo, en una beatitud sin tiempo y sin lugar. Sólo la idea de la muerte no le dejaba de doler. Lo peor de la muerte no era que sucediera. Lo peor de la muerte, pensaba Tomás Eloy, mientras acariciaba la imagen sepia de Susana, era la blancura, el vacío, la soledad del otro lado: el cuerpo huyendo como un caballo al galope. Ahora tengo que escribir otra vez, musitó, y se quedó dormido. ■

Rigoberto Gil Montoya (Colombia)

Narrador y ensayista. Autor de *La urbanidad de las especies* (1996), *Plop* (2004) y *Guía del paseante* (2005). Profesor de Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira.

Notas

1 Jorge Luis Borges. “El zahir”. En: *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974, p. 590.

2 Jorge Luis Borges. “Milonga de Manuel Flores”, del libro *Para las seis cuerdas* (1965). En: *Obras completas 1923-1972*, *Op. cit.*, p. 970.

3 Tomás Eloy Martínez. “Victoria Ocampo: Una pasión argentina”. En: *Primera Plana*, No. 168, Buenos Aires, marzo 15 de 1966, p. 52.

4 Jorge Luis Borges. “El simulacro”, del libro *El Hacedor* (1960). En: *Obras completas 1923-1972*, *Op. cit.*, p. 789.

5 Tomás Eloy Martínez. *Santa Evita*. Buenos Aires: Planeta, Biblioteca del Sur, 1995, p. 203.

6 Rodolfo Walsh. “Esa mujer”. En: *Los oficios terrestres*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1986.

7 Tomás Eloy Martínez. *Santa Evita*, *Op. cit.*, pp. 57-58.

8 *Ibid.*, p. 59.

9 Tomás Eloy Martínez. “En memoria de Susana Rotker”. En: *Diario La Nación*, diciembre 22 de 2000.

Adpostal



¡Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE
MEJOR A COLOMBIA
Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS
SERVICIOS

Venta de productos por correo,
servicio de correo normal, correo
internacional, correo promocio-
nal, correo certificado, respuesta
pagada, post express, encomien-
das, filatelia, corra, fax

Lo atendemos en los teléfonos
243 88 51 - 341 03 04 - 341 55 34
980015503 Fax: 283 33 45

Venecia

“*Il centro di Venezia é un profumo*
Michel Onfray

Hilos de cristal
custodian lo que la mirada
atesora
en el vano de aquella puerta
atravesada por tu cuerpo.

Emergen aguzando el pecho
crines agitadas por el viento
complicando el paciente
trabajo del olvido.

Isla de Elba

Cárcel de mis temores
destierro de mi pena
tu voz
pidiéndome
“No te vayas”

Verona

¿Mueren de amor
los amantes?

Viven
amándose.

Aquella muerte por error
los hizo eternos.

María Lanese (Argentina)

Estos poemas hacen parte del
libro inédito *Ancora* (edición
bilingüe español –italiano).